Vicios de expresión

La Puebla de los Angeles, 22 de Diciembre 1904.

Sr. D. Victoriano Salado Alvarez.

Méjico.

Mi querido amigo: La cariñosa solicitud con que me pide usted que le ayude á reunir materiales para su proyectada obra, relativa á determinados tropiezos en el lenguaje, obra-faro que guíe «á los chicos»—y á los grandes—por entre muchos escollos de la tontería hablada y escrita, facilitándoles su evitación, recuérdame,—guardadas honestamente las distancias, por cuanto á mí se refiere,—lo que el pobre Antón de Montero (el Ropero de Córdoba) escribió «*Al Marqués de*

Santillana porque le dijo que le ficiese qualque obra»:

«Qué cosa tan de excusar
vender miel al colmenero
y pensar crecer el mar
con las gotillas del Duero...
. . . . . .
y ante la vuesa merced
assayar ningún buen fecho».

¿Cómo podrán las briznas de mis menguados conocimientos acrecer el copiosísimo caudal del saber de usted, sus tesoros de observación, el fruto de su laboriosidad? Sólo me ocurre ayudarle como pudiere contribuir un gañán á los descubrimientos de algún eminente patólogo: prestándome á servir de «caso» práctico, emborronando media docena de cuartillas cuyo análisis dé á usted motivo para señalar resbalones y caídas.

Son innumerables los dislates, las majaderías que á diario escribe todo el mundo por ignorancia ó por descuido, y resultaría empresa análoga á la de pretender vaciar el mar con una concha, intentar reunir en ordenado catálogo no ya todas

las faltas contra el lenguaje, sino simplemente las principales *variedades*. Así en estos casos hay que recurrir á la síntesis, á la formación de grandes grupos dentro de los cuales, á medida que se especialice su estudio, se formulen nuevas clasificaciones, se tracen subdivisiones, se distingan familias.

Tal vez haya usted reducido á las especies siguientes los vicios que se propone fustigar:

I.—*Deformación* de palabras.

II.—*Eclipses del sentido común*—(ú otra denominación parecida).

III.—*Empleo inadecuado de voces* cuya significación real y verdadera desconoce quien las usa.

La «deformación» de las palabras débese, generalmente, á la rudeza del vulgo. Pensando en él hízose el irónico cantarcillo:

«Cuatro cosas bien dichas
dice la gente:
hespital y *vesita*,
trimulto y *juente*».

Como esas cuatro hay centenares de voces en el vocabulario de la *plebe ignara*, la cual plebe ignara ejerce á la larga en el idioma un influjo

mucho mayor del que ella misma y algunos doctos y sabihondos suponen.

Los eclipses de *sindéresis* hay que atribuirlos piadosamente á la precipitación con que se escriben ciertas cosas. Los folletines á lo Ponson du Terrail y á lo Xavier de Montepin ofrecen inagotable vena. ¿Se acuerda usted de aquella dama *cuya mano estaba fría como la de una serpiente?* ¿Pues y *el banquero que se paseaba febrilmente en su despacho, las manos cruzadas en la espalda y leyendo con avidez un periódico?* Es fuerza imaginar á este personaje como una especie de cíclope invertido ó como un Jano de nuevo cuño. ¿Y no es soberbio el pasaje donde se dice que *la hermosa marquesa, llena de asombro, exclamó: ¡Oh! en correctísimo inglés?*

Pero si las dos categorías de vicios que acabo de señalar tienen su explicación y pueden ser perdonadas, la tercera, el empleo de voces con desconocimiento de su significado, merece que sin contemplaciones se siente la mano á los claudicantes; y entiendo que á esa tarea se dirige especialmente su aludido trabajo.

Es indecible el daño que causan algunos escribidores de audacísima ignorancia; pues lectores hay para quienes, por estar en letras de molde,

cualquiera gacetilla es el Evangelio—(así como para otros el Evangelio no pasa de ser una gacetilla)—y adquieren en los periódicos un arsenal de expresiones torcidamente interpretadas con las que realzan, bordan y recaman la conversación.

Diariamente oímos, por ejemplo, aun á personas *ilustradas* emplear en el sentido de *culminante,* de *más alto,* el adjetivo «álgido», que según el léxico oficial sólo significa: «acompañado de frío glacial»—y, claro es, resultan de ese empleo vicioso disparates graciosísimos.

¿Y el geógrafo que en una memoria científica dice *climatérico* por *climatológico?*

En cierta tertulia de gentes timoratas, habiendo hecho yo alguna observación humorística, díjome un andaluz muy bruto (¡Dios le haya perdonado!), dándome una palmadita en el hombro: «*¡Camará* y qué *sátiro* es usted!» El imbécil quiso llamarme *satírico.*

El mismo, por decir que cierta maldiciente dama tenía una lengua *viperina*, nos aseguró que la tal señora tenía una lengua *opípara.*

Otro andaluz, excelente amigo mío, á quien de todas veras quiero, hombre que ha escudriñado el planeta buscando compradores para sus vinos

de Jerez, me refería muy formal que ha recorrido *los cinco hemisferios*. ¡Recorrer es!

Por el prurito de emplear terminachos que suenen «elegantemente», dícense tonterías asombrosas. Algunos de los *ejemplares* de desatinos que me citó usted son deliciosos. El *anti-insecticida* es un verdadero hallazgo: merece esculpirse. —Y por cierto, me recuerda el apóstrofe de mi portera al tenorio de *cacle* que pretendía ser su yerno por detrás de la Iglesia: «¡Chihuahua!... ¡No me l'and'usté *desinquietando!*».

La tarea á que va usted á dedicarse me parece utilísima, aunque difícil y de ejecución necesariamente incompleta, por la abundancia de la materia que fluye á borbotones de inagotable manantial.

En cuanto á la forma, la de Diccionario que han seguido para sus celecciones de modismos, refranes, etc. Ramón Caballero, el eruditísimo y ameno Presbítero Sbarbi (y creo que Bastús y Covarrubias, cuyos trabajos no conozco), es la más clara y la que más facilita cualquier consulta. Montoto y Rautenstrauch tiene «*Un paquete de cartas*», en las cuales emplea numerosos modismos que luego explica en notas. Sin embargo, si dispone usted de tiempo (ya que *mimbres* sobran á su agudísimo ingenio) creo que podría hacer la obra en forma dialogada y sin duda obtendría resultados inesperados, gracias y sales que excitaran agradablemente el paladar del lector.

Ahora bien, metido á desfacer agravios y á enderezar entuertos, paréceme que su esforzado brazo debe emplearse en otro sinnúmero de empresas. Hay tela cortada.

Así por ejemplo. Mientras no se adopte la ortografía *rrazional* (y no sé, entonces, cómo nos las compondremos para distinguir algunas palabras que se pronuncian de idéntico modo), conviene recomendar á las gentes que no confundan *basto* y *vasto*, *esotérico* y *exotérico*, *acerbo* y *acervo*, *sima* y *cima*, etc., etc.; pues por el cambio de una sola letra se arma á lo mejor un batiburrillo de mil demonios.

Junto á todos los malandrines y follones que acabo de señalar al noble coraje de usted, precisa colocar los singularísimos pedantes que andan á la rebatiña de palabras raras, gongorinas á machamartillo, como si todo el intríngulis de la elegancia del estilo fincara en despabilar voces que yacen acurrucadas y fosilizándose en las estrechas líneas del diccionario.

Bien podría usted atizar á esos estrambóticos personajes—empeñados en que nadie les entienda y en que por lo tanto se les suponga seres hondos y talentudos—un varapalo como el que magistralmente propinó á los abuelos en tontería de tales chiflados, el sutilísimo autor de *La Culti-Latini-Parla*. Y no fué Quevedo el único que ridiculizó manía semejante. En nuestros clásicos, que usted conoce tan á fondo, hay muchas amenas páginas escritas con ese motivo. Ahora sólo me viene á las mientes aquella saladísima epístola de Garay al Genovés (en *La Garduña de Sevilla)* donde lo que se dice de los alquimistas parece escrito á propósito de los autores de quienes hablo.

Y, si no, oído al parche:

«Si á interpretar jerigonzas
de vocablos inauditos,
andáis de autor en autor,
¿no veis, no veis que ellos mismos,
cuando se dieron al ocio
de sus estudios prolijos,
para desvelo de necios
escribieron en guarismos?»

¿Y no parecen dedicados á quienes alardean de zambullirse en lo abstracto, practicando profundísimos y oscuros buceos psicológicos, estos cuatro versos de la misma carta?:

«Lo enigmático y dudoso,
pretendiendo ser Edipos,
¿queréis deslobreguecer,
cayendo en mayor abismo?»

Repito que hay paño de donde cortar y que puede usted hacer obra meritísima enzarzándose con todos los ofensores del idioma; pues como el bostezo, la tartamudez, y la risa y el llanto, y otras manifestaciones de estados psicológicos y fisiológicos, la tontería escrita es terriblemente contagiosa, y al paso que vamos, entre los «imbéciles *per se*», los «descuidados *per accidens*» y los *superferolíticos*... no va á haber bicho piante ó mamante que deje de tropezar y equivocarse. Seguramente acabaremos porque nos suceda lo que á un personaje de cierto diálogo de Vital Aza, que todo lo trabucaba y confundía:

«¿Lo ve usted?
¡Yo también me he *equivoquido!*

—Pues lo siento *mecho*.

—*¡Macho!*

—¡Ay, qué *luenga!* ¡Es un *trabijo!*»

. . . . . .

Soy de usted amigo afectísimo,

G. DE M.

Album-manía

(Para AMADO NERVO).

La moda de escribir versos en los abanicos, se la llevó el aire.

Ya los periódicos anuncian que pronto al mandar tarjetas postales podremos hacer lo que de antiguo venimos haciendo en casi todos los *actos serios* de la vida: sustituir los *pensamientos* con *palabras*, *palabras, palabras;* pues un *vivo* acaba de inventar tarjetitas que *se impresionan* (¡pobrecillas!) con la voz del remitente y colocadas después en un fonógrafo adecuado le dicen á *Chole:* «Eres muy remonona y te manda un besito tu—Serafín»,—ó le gruñen al propio don Robustiano, padre de la mismísima Soledad: «¡So sinvergüenza! Es *ustez* un tío sin *lacha* y si no me manda *ustez* el *parnisari* le armo á *ustez* una *escandalera* de *órdago*.—Paca la Esgalichá.»